**Monstruosidad y animalidad en Hesíodo. En los bordes de los cósmico**

*Dra. María Cecilia Colombani*

*Universidad de Morón /*

*Universidad de Mar del Plata*

*UBACyT*

*ceciliacolombani@hotmail.com*

“La existencia de monstruos pone en duda el poder que la vida tiene para enseñarnos el orden. … Basta una frustración de esta confianza, una diferencia morfológica, una apariencia de ambigüedad específica, para que un temor radical se apodere de nosotros” (Canguilhem, 1962: 33)

**I. Monstruosidad y transgresión**

El presente trabajo recorrerá la relación entre la monstruosidad y la animalidad en el marco de la *Teogonía* hesiódica. Relato paradigmático en el que se observa la tensión entre lo cósmico y lo a-cósmico, esto es, entre aquellas fuerzas que favorecen la consolidación del orden cósmico y aquellas que presagian un retorno al *kháos* como forma de lo a-cósmico.

En primer lugar definiremos el marco teórico que utilizaremos para poner de manifiesto la importancia del monstruo y la animalidad en el escenario de la Otredad como espejo invertido de la Mismidad (Garreta-Belleli, 1999). A partir de la descripción de su naturaleza y del *páthos* que produce, comprenderemos por qué el monstruo y la animalidad se asocian a una determinada territorialización-secuestro que conjura su peligrosidad y el horror que despierta. El primer tramo está inspirado en la obra de M. Foucault cuando, a propósito del poder que ejerce la disciplina en la ordenación de las multiplicidades humanas (Foucault, 1992), investiga la figura del monstruo. Luego, ajustadas las marcas de la díada monstruosidad-animalidad como formas de lo a-cósmico, pensaremos acerca de la genealogía de lo monstruoso asociada a la animalidad, ya inserta en la *Teogonía*.

Subrayaremos cómo las notas de la monstruosidad encuentran su antecedente en la espesura discursiva que delinea el relato mítico; nuestro modelo de instalación será la perspectiva arqueológica (Foucault; 1964; 1984) para advertir cómo el mito (Colombani, 2005) constituye una primera capa que ve y nombra lo monstruoso y la animalidad bajo su propia arquitectura discursiva, bajo las reglas de su peculiar “orden del discurso” (Foucault, 1983). Una vez instalados en el relato teogónico, pensaremos en una dimensión tecnológica, en tanto forma de operar políticamente sobre el otro, como modo de asir su peligrosidad, y en una dimensión topológica, vinculada a la espacialización y fijación de lo monstruoso y la animalidad en su *tópos* adecuado, como modo de conjurar su nomadismo.

La presencia de lo monstruoso se impone como la forma límite de la alteridad más absoluta. El monstruo y el animal constituyen, en el marco del relato mítico, lo otro del hombre, la forma más rotunda de la desviación, lo desterritorializado por excelencia, el punto de fuga de la cosmicidad tranquilizadora.

Apenas un punteo de ciertas notas para definir la representación del monstruo. Lo monstruoso responde a formas de la excepción, de la transgresión a una cierta regularidad que lo convierten en un ser a-cósmico, en una contra-naturaleza. Está siempre relacionado con la mezcla de los territorios heterogéneos, cuya unión fructifica en un heterogéneo que transgrede las líneas divisorias de los órdenes. Constituye la Otredad en estado puro, la discontinuidad que rompe la tranquila familiaridad de lo semejante, fracturando el encastre ordinario entre las palabras y las cosas.

Lo monstruoso se halla en el no-lugar, es un ser de los bordes, de los márgenes, siempre desterritorializado, que no pertenece definidamente a un reino y que, a su vez, refuerza la desterritorialización de aquellos que a él están vinculados. Asociado a la animalidad, representa una figura portadora de la peor amenaza, esto es, el retorno a un estado de indefinición; de allí su celosa fijación en un espacio invisible y clausurado como lo encontramos en la obra de Hesíodo.

Lo monstruoso constituye una masa compacta que interpela desde su propia extrañeza, al tiempo que, como *tópos* de la Otredad, refuerza el dominio de la Mismidad como espejo invertido y como territorio de poder. Mirar esas otredades sobre las que se depositan los fantasmas es situarse en el borde, en el límite donde claudican las propias certezas, las palabras y las interpretaciones. Hay en él un elemento extremo de la noción de normalidad y medida.

El monstruo representa un hito en la historia de la transgresión. La idea de transgresión domina el escenario, ya que la regularidad de la naturaleza queda abolida. Se trata de un desafío a la normatividad de lo natural, al tiempo que se configura como una emergencia extrema, que tensiona la mesura, *sophrosyne*, de la naturaleza. Hay en su figura algo del orden del desborde, de la des-orbitancia, del exceso, *hybris*, que desafía la prudencia y la medida de lo natural. Remite a las formas primigenias del *khaos* y con ello, a la derrota política de Zeus como garante de la justicia.

En el marco de la transgresión topológica que no se refiere a un espacio geográfico, sino a un territorio ontológico, la naturaleza sufre una desviación. Ese es el enclave mismo de la transgresión. Ser una figura imposible y prohibida al mismo tiempo. El orden de lo prohibido se ve claramente en el medioevo: “La Edad Media conserva la identificación de lo monstruoso con lo delictuoso, pues lo enriquece con una referencia a lo diabólico” (Canguilhem, 1962: 36).

**II. El mapa del horror. Monstruosidad y territorialidad. Dimensión filológica. El trazo de un linaje**

“La monstruosidad zoomorfa, si se admite su existencia, debe ser considerada como la consecuencia de la tentativa deliberada de infracción al orden de las cosas que es con su perfección, la consecuencia de un abandono a la vertiginosa fascinación de lo indefinido, del caos, del anticosmos” (Cangulheim, 1962: 37)

Repasemos el texto con su carga filológica como modo de rastrear las marcas identitarias y espaciales de la monstruosidad. Medusa tuvo a Equidna, mitad mujer y mitad serpiente, y las marcas de un espacio otro retornan:

“Ella dio a luz a otro prodigio increíble, en nada parecido

a los mortales hombres ni a los inmortales dioses:

en una gruta hueca, a la divina, intrépida Equidna,

mitad ninfa de ojos vivos, de hermosas mejillas,

mitad monstruosa serpiente terrible y grande,

movediza carnicera por los escondrijos de la divina tierra.

Allí está, metida en la gruta, bajo una cóncava piedra,

lejos de los inmortales dioses y de los mortales hombres;

allí le concedieron los dioses habitar ilustres moradas.

Se arrastra entre los árimos, bajo la tierra, la penosa Equidna,

inmortal ninfa y nunca vieja día tras día” (*Teogonía*, 295-305).

Geografía tenebrosa, afín a tamaña criatura. El término *spéos* abre el campo de sentido de un espacio replegado sobre su propia materialidad, cerrada, clausurada, suturada sobre su *eidos*, antro, caverna, gruta, cueva. A su vez, la imagen franquea la metáfora del espacio asociado a la oscuridad, a partir de su impermeabilidad e inaccesibilidad para que la luz del sol pueda pasar. La metáfora espacial juega con la lumínica para potenciar su efecto de sentido y su poder realizador. Una imagen semejante refleja el término *keûthos*, escondrijo, cueva; allí está el monstruo, bajo una cóncava piedra, *koîle pétra*, en un espacio más cerrado, más profundo y oculto; *koîlos* significa cóncavo, hundido, metido, profundo, encajonado, hueco, enfatizando la metáfora lumínica de registro negativo.

Equidna es una criatura desterritorializada que no parece tener espacio ni entre los mortales ni entre los inmortales; de allí su lejanía, su radical distancia ontológica. Ciertas expresiones locativas aluden a su propia posición onto-espacial: “caverna en las profundidades”, “bajo una oronda roca”, “lejos de”, “bajo la tierra”, indican la intersección de las metáforas. La metáfora topológica vinculada con los espacios que están debajo de la tierra y la solidaria metáfora lumínica vinculada a la oscuridad que evoca lo subterráneo. Superficie y subsuelo, luz y sombra, visibilidad e invisibilidad. Más allá de sus características sin embargo, hay un novio para cada criatura. El elegido es Tifón y, un ser isomorfo en su registro onto-espacial.

“Y dicen que se unió en deseo Tifón,

terrible, insolente, sin ley, con ella, virgen de ojos vivos;

y ésta embarazada dio a luz hijos de poderoso corazón:

a Orto, perro de Gerión, engendró primero;

en segundo lugar dio a luz al absurdo, totalmente innombrable

Cerbero, carnicero, perro de Hades con voz de bronce,

de cincuenta cabezas, desvergonzado y fuerte;

en tercer lugar engendró a Hidra, de penas sabedora,

lernea, a quien alimentó la diosa de blancos brazos Hera,

irritada con la fuerza de Heracles.” (*Teogonía*, 306-315).

Más allá de su contacto amoroso con Equidna, lo que habla de una unión sexuada, Tifón constituye el último gran adversario de Zeus, el padre de hombres y dioses en su gesta cosmificante. Sabemos la resolución del conflicto bélico, feliz en su desenlace para mortales e inmortales, por cuanto un Zeus poderoso, dotado del trueno, su fuerza y el rayo, sus armas invencibles, termina envolviendo en llamas las monstruosas cabezas del hijo de Gea, hasta que fulminado por la acción benefactora del dios: “en los valles sombríos y escarpados de la montaña, / golpeado” (*Teogonía*, 860-861). “Y lo arrojó, afligiéndose en el ánimo, al ancho Tártaro” (*Teogonía*, 868).

El fin refuerza las metáforas. Tifón cae a la oscuridad, a la inaccesibilidad de un *tópos* áltero, destinado a las criaturas monstruosas; allí donde no llega la luz del sol, ni la mirada de los hombres, más allá de todo y por debajo de todo. Ese es el no lugar de lo otro.

*Teogonía* supo definir tempranamente ese espacio necesario para la territorialización de la diferencia más extrema y Tártaro fue uno de los cuatro primerísimos, más allá de la Tierra visible, más abajo de su superficie-sostén, visible y luminosa.

Nada puede faltar a la hora de diagramar el dispositivo político tendiente a conjurar las peligrosas diferencias que atentan contra la preservación de lo mismo. El espacio debe garantizar la certeza de la identidad.

Retornemos a la unión, concebida en abrazo amoroso. Tifón y Equidna completan el dispositivo de animalización iniciado, ya que su descendencia se juega enteramente en el *tópos* animal. Singular descendencia territorializada en ese enclave que reúne animalidad con monstruosidad. Los adjetivos enfatizan el catálogo de caracteres negativos que hemos apuntado: feroz, prodigioso, indecible, sanguinario, despiadada y perversa. El catálogo es abundante y siempre inclina la interpretación hacia las características que constituyen ontológicamente al otro. Quisiéramos remarcar dos: prodigioso e indecible. El prodigio, *téras*, es aquello del orden de lo sobrenatural, de lo extra-ordinario, que se inscribe en un registro precisamente áltero porque rompe con la familiaridad de lo conocido y cotidiano. Es lo *xénon* por excelencia, en tanto raro, inédito, poco familiar. El segundo sostiene el *páthos* ante lo monstruoso: no nombrar, no pronunciar el nombre como forma de conjurar el peligro que arrastra. Donar un nombre es donar identidad, presencia; lo que no puede ni debe decirse, lo indecible, es aquello que no tiene entidad. Es la ilusión de la ausencia que no entra en el registro. Si no se lo nombra, no tiene *tópos;* solo el del horror, que no es poco, claro está.

Hay un rasgo propio de la monstruosidad que aparece en estas criaturas: la desmesura, la *hýbris* que caracteriza al monstruo. El monstruo es un ser transido por el exceso. Repasemos sus anatomías. Gerión tiene tres cuerpos yuxtapuestos, Cerbero posee cincuenta cabezas, Tifón, cien cabezas de serpiente que salen de sus hombros y la Quimera ostenta tres cabezas. Cualquier medida estalla en un número desmesurado, que rompe cualquier orden. Aparece, pues, la a-cosmicidad que atraviesa al monstruo. La descendencia continúa el mismo registro que se viene consolidando en el *tópos* de lo monstruoso. La Hidra, aniquilada por Heracles, “parió a la terrible, enorme, ágil y violenta Quimera, que exhala indómito fuego. Tres eran sus cabezas: una de león de encendidos ojos, otra de cabra y la tercera de serpiente, de violento dragón” (*Teogonía*, 320-323).

**Conclusiones**

La descendencia singular se territorializada en un enclave que reúne animalidad con monstruosidad y que, como no podía ser de otra manera, despliega el territorio-continente afín para esa brutal alteridad, inscrita en la monstruosidad. Espacio y monstruosidad. He allí otra imagen del catálogo liminal entre lo Mismo y lo Otro. El espacio se convierte en el *tópos* que alberga el cuerpo monstruoso que ha perdido todo *eidos* replegado sobre su forma, ontológicamente asignada.

Espacio tenebroso de cuerpos del mismo registro ontológico y lumínico. Espacio y cuerpo constituye así un cuadro vivo con férreas líneas de continuidad estructural que vuelven a los cuerpos y a los territorios estructuras isomórficas.

Bibliografía

Hesíodo (2000) *Obras y fragmentos.* Madrid: Gredos.

Hesiod (2006) *Theogony. Works and Days. Testimonia.* Most, G. W. (editor y traductor). Loeb Classical Library, London: Harvard University Press.

Liddel, H. G., Scott, R. (1996) *A Greek-English Lexicon*. Oxford: Clarendon Press.

Liñares, L. (2005) Hesíodo. *Teogonía*, *Trabajos y Días.* Edición bilingüe, Buenos Aires: Losada.

Vianello de Córdova, P. (1978) *Hesíodo* *Teogonía.* México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Canguilhem, G, (1962) “La monstruosidad y lo monstruoso”, *Diógenes*, IX, 40 (octubre-diciembre 1962), pp. 33-47.

Colombani, M. C. (2005) *Hesíodo. Una introducción crítica*. Buenos Aires: Santiago Arcos.

Foucault, M. (1964) *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (1983) *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.

Foucault, M. (1984) *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.

Garreta, M., Belleli, C. (1999) *La trama cultural. Textos de Antropología.* Buenos Aires: Caligraf.